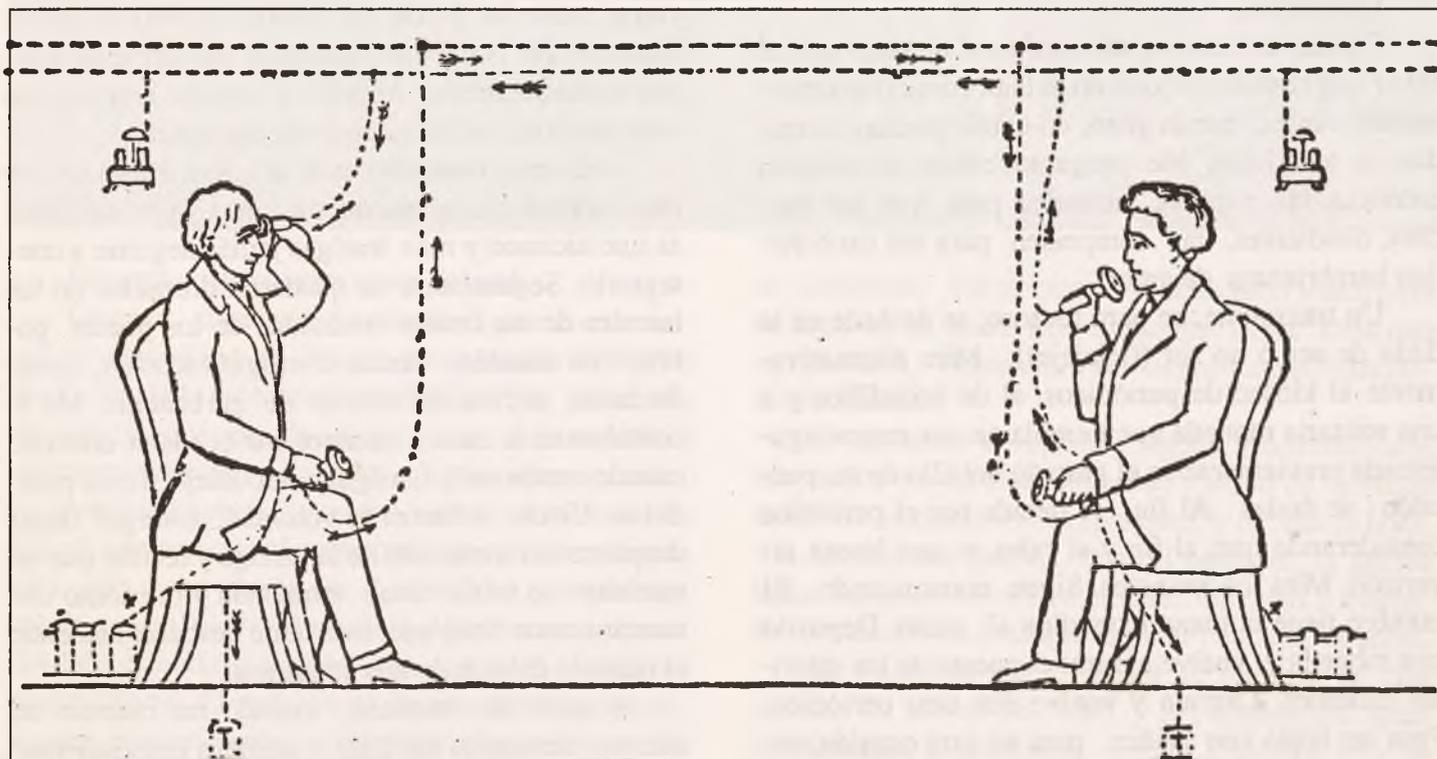


dieron un papel que tuve que canjear por unas cápsulas y unas monedas. Me tomo una de las cápsulas del miedo que me recuerda un adorno que llevaba en la cabeza uno de los gallos de un sueño que tuve una vez. Y al fin vomito en medio de la calle y me detienen por escándalo público. Nadie cree que no he bebido y nadie lo comprueba. Pasan las horas y me aconsejan en favor de no probar nunca más el alcohol. Yo, me sonrío de miedo para quedar en silencio antes que siga comunicando.

Quisiera tener un salvoconducto para poder enseñarlo al mundo cada vez que alguien quiera detenerme por alcohólico o por intento de asesinato.

¡Oiga! ¡Qué estos señores siguen diciendo que somos nosotros los que no queremos! Parece que lo hacen adrede. ¡Claro! Que acaban de tomar café, copa y puro. Yo, en cambio, no puedo tomar café si



no como ...y no puedo comer si no puedo. ¿Algo más? ¡Sí!. Algún día seremos porque fingiremos que lo somos para no daros ningún disgusto más a los padres del futuro, no sea que se os indigeste el vermut del ágape de la inauguración de la nueva decadencia. ¡Qué risas más envidiables!. Os quiero porque tenéis palique, y dinero, y casas en las montañas, y recuerdos íntimos en cajoncitos cerrados. Nadie tiene la culpa, es verdad. El que ha nacido pequeño, no va a levantarse la tapa de los sesos. Y menos ahora que hay grandes almohadones para ponerlos en los sillones. Así se puede alcanzar a cualquier mesa. El que quiera, que repase la historia. Mas, no. Perderíais un tiempo precioso necesario para el hoy que es lo más importante del mañana. ¡Mañana...! Plataforma del futuro. ¡Futuro...! Bello

marco de un cuadro cualquiera de Nicasio; un marco para un verdadero español. Aunque, de todas las maneras, prefiero el marco alemán; sale mejor al cambio.

Internacionalmente hablando, estoy cansado de los conflictos fronterizos que pueden servir para todo excepto para evitar problemas, al igual que la guerras y los salarios mínimos. Todo esto se está viendo. Sí. Lo veo con estos ojos llorosos que me han dejado las pastillas que no llego a tomar contra toda ingerencia extraña e involuntaria de corpúsculos hostiles a mi pobre presencia de poca monta. Por cierto, que esto me lo dijo un conserje muy importante que estaba en un lugar muy importante con muchas escaleras que sólo sirven para bajar cuando se tiene prisa y no se quiere perder tiempo en ascensores orgullosos que tienen congelado el poco

tiempo que nos queda para hacer las pocas cosas que tenemos que hacer.

Le he preguntado, con mucha malicia, la hora a un reló y me ha respondido que las doce sonrojándose. Una sarcástica sonrisa se ha digerido en mi estómago y un niño, aro en ristre, se ha sonreído conmigo, cómplice de mi secreto. Los dos sabíamos que se equivocaba el reló y hemos seguido andando en direcciones opuestas y en sentidos opuestos, mezclándonos entre las masas para no vernos jamás. Cuando me llamen a declarar tendré que buscar al niño por todas partes.

Y lo busqué. Y solo encontré el aro en un museo de objetos y manos que un amigo mío en las últimas se le ocurrió cerrar a cal y canto porque no conseguía más que comprar cosas como era su obli-